VIGILIA EN GETSEMANI

La acción misteriosa de Dios se manifiesta en ocasiones en nuestra vida personal mediante inolvidables sacudidas del espíritu que nos sumen en la conciencia de que El ha estado más cerca, más dentro de nosotros de lo que cabe imaginar. Cuando se peregrina a Tierra Santa hay múltiples oportunidades de confirmar esta impresión nada superficial.

Yo viví hace dos años (abril de 1985) repetidos momentos espirituales de éste o similar sentido. Arrodillarse en el Cenáculo, cruzar el angosto dintel de la Basílica de Belén, meditar las Bienaventuranzas en el monte de su nombre, navegar sobre el suave oleaje del lago de Tiberiades, escuchar las palabras de Jesús en la Sinagoga o en la playa de Cafarnaum, «rebautizarse» en el Jordán, ascender por las laderas de Ain Karem, aspirar el perfume de las rosas de Jericó a la sombra de un sicomoro, acariciar las losas del Litóstrothos, contemplar la puerta dorada desde el altar de Dominus flevit... y no pocos lugares y momentos más, en los que las huellas de los pies, el eco de la voz y la silueta adorable de Jesús reviven en nuestro espíritu porque El, efectivamente, vivió allí y allí sin duda pensó en cada uno de nosotros, «diciendo nuestro nombre»...

Hoy quisiera «reproducir» un par de horas de aquella noche del Jueves Santo que pasé en la Iglesia de las naciones. Construida al pie del Monte de los Olivos, a su lado el recinto de Getsemaní, conserva entre sus muros la roca sobre la cual Jesús oró en agonía, con «sudor que caía como gotas de sangre». Habíamos cruzado el torrente de Cedrón, como El aquella noche, solamente iluminada por la luna de Nisán; a la izquierda quedaban los olivos milenarios, dramáticamente mudos y oscuros. Penetramos en el templo, sin parar mientes siquiera en el tímpano de mosaicos de Bargellini. Casi instintivamente, llegué hasta la roca que allí está, rodeada de una corona de espinas de hierro forjado. Difícilmente puede el hombre sustraerse a las urgencias interiores de caer prosternado y unir su frente a la rudeza escalofriante de aquel peñasco. De él parece emanar un latido exigente de adoración y de plegaria. A su contacto, gentes de todos los continentes, arrodilladas o postradas en el suelo, comprueban la comunión profunda que les hace orar y llorar unidas a Jesús que «aquella noche» ofreciera a su Padre la angustiosa inmolación de su vida. Por eso, allí se percibe junto a una insólita experiencia personal de la propia redención, la más honda ternura de que es capaz el alma agradecida.

Y es que el FIAT que Jesús pronunció, abatido y de hinojos sobre aquella roca, concentra la radical eficacia de su sacrificio por nuestra salvación. A partir de aquel momento, la pasión, la muerte y la resurrección no son sino consecuencias de haber El aceptado abnegadamente el cáliz que acercó a sus labios temblorosos. En verdad, hemos sido redimidos gracias a los efectos del FIAT de María en Nazaret y de este FIAT de Jesús en Getsemaní, dos entregas personales, sin límites ni condiciones, a la voluntad de Dios. Pues bien, no me parece aventurado afirmar que, nunca como en una vigilia en Getsemaní, puede ser tan dolorosa y venturosamente comprendida esta cardinal verdad de nuestra Fe y que nunca, como en la noche del Jueves Santo en Jerusalén, puede sentir el pobre corazón del hombre una compasión tan honda y una gratitud tan rendida, como las que se sienten recordando lo que Jesús sufrió y asumió, precisamente en aquel mismo lugar, en aquellas mismas horas, bajo aquel mismo firmamento.

El tiempo se detiene, o mejor, se pierde como concreta sucesión de momentos. Se vuelve a vivir lo que entonces ocurrió. No se retorna, se revive como si todo comenzara y acabara en el seno de tu propio espíritu. Y lo que es más real, si cabe, como si tú mismo fueras el objeto singular de tanto amor y de tanta angustia como las que embargaron toda el alma, todo el cuerpo, la persona entera del Señor, en aquel trance en que tu propia redención había ya comenzado irrevocablemente... ¡Sí, Dios nos amó primero! Desde aquella experiencia providencial, no es posible olvidarlo; no es posible admitir que El deje de esperar a quienes tanto le costamos.

En la Semana Santa, el mismo Jesús agónico de Getsemaní renueva y confirma misericordiosamente nuestra esperanza de ser redimidos definitivamente. Pidámosle que «nuestro corazón de piedra se trueque en corazón de carne». Pidámosle que nuestra esperanza le resulte más consoladora con nuestra gratitud.

Juan Candela Martínez